

Secretaría de Prensa

**DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,**  
**D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN CEREMONIA DE IMPOSICION DE LA**  
**ORDEN AL MERITO DE CHILE AL EXCELENTISIMO**  
**SEÑOR PRESIDENTE DE COLOMBIA.**

SANTIAGO, 25 de Junio de 1990.

Excelentísimo señor:

Es para nosotros un honor vuestra presencia en nuestra Patria. Valoramos su visita como un gesto de hondo significado: testimonio de afecto, de fraternidad latinoamericana y de convergencia democrática.

La tradicional amistad entre Colombia y Chile se arraiga no sólo en los lazos que derivan de comunes ancestros y análogas historias, sino también en la identidad de los valores éticos que prevalecen en nuestros pueblos.

Colombia ha logrado consolidar su democracia gracias a su decisión de institucionalizar el consenso como método de superar los conflictos. Camino sin duda difícil porque a todos exige renunciamentos; pero a la vez fecundo, porque al forzar la concordancia de los adversarios y privilegiar las coincidencias sobre los antagonismos, ha fortalecido la conciencia cívica, superado estériles disputas y encauzado energías en el avance creador.

En este esquema, Vuestra Excelencia ha luchado por impulsar "reformas por el cambio". Porque la estabilidad ordenadora del derecho no es inmovilista, sino que proporciona los cimientos para construir el progreso, que supone constante innovación. Es la certeza en la capacidad de un futuro mejor, más desarrollado, más libre, más justo y con más paz, lo que vigoriza nuestro espíritu para luchar sin desmayo y nos hace confiar en el porvenir de nuestra América Latina.

Por nuestra parte, en Chile estamos retomando nuestra vieja tradición democrática, que tanto prestigio y satisfacciones nos dio en el pasado. Y lo estamos haciendo, también, por el camino de buscar los consensos, de preferir la concertación a la confrontación, de privilegiar lo que nos une sobre lo que pueda dividirnos. En los comienzos de esta nueva etapa de la vida nacional, dispuestos a no repetir los errores del pasado y a reconciliarnos en la verdad y en la justicia, miramos con confianza hacia el futuro.

Las circunstancias que vive la Humanidad en este fin de siglo son promisorias. En distintas latitudes, los valores de la dignidad humana, del respeto a las personas, de la convivencia civilizada y libre, logran prevalecer sobre variadas formas de opresión. Los pueblos se liberan, los muros divisorios son derrumbados y el mundo parece encaminarse hacia el advenimiento del tercer milenio en democracia y paz.

Dentro de este cuadro, nuestras naciones de América Latina debemos encarar, con madurez y sentido de futuro, el desafío de la integración. Desde el nacimiento de nuestras repúblicas venimos proclamando el ideal bolivariano; pero es penoso comprobar cuán poco hemos logrado hacer para convertirlo en realidad. Mientras el resto del mundo se organiza en poderosas agrupaciones, -una Europa unida, una América del Norte integrada, un Oriente en pujante desarrollo- nosotros continuamos sumidos en una atomización estéril.

Conscientes de esta realidad, hemos concebido y puesto en práctica, con idealismo y entusiasmo, proyectos integradores que en la realidad no han dado los frutos que de ellos esperamos al emprenderlos. La experiencia nos ha enseñado que no bastan los esquemas técnicos ni las nobles intenciones; sin aplicación de políticas económicas compatibles y un gran esfuerzo de modernidad, no es mucho lo que podremos avanzar en el camino de la integración.

En esta empresa, común a todas las Naciones hermanas de América Latina, como también en el esfuerzo permanente para que imperen en nuestro Continente y en el mundo los grandes principios que inspiran a las Organizaciones de las Naciones Unidas y al Sistema Interamericano, Colombia y Chile tenemos muchísimo que hacer. Será para ello de mucha conveniencia poner en práctica como lo hemos acordado, un sistema fluido de consultas diplomáticas.

Nuestro más ferviente deseo es alcanzar -especialmente en América Latina- un clima de confianza que permita concentrar todos los esfuerzos en el desarrollo, la vigencia de los derechos humanos y la justicia en las relaciones económicas internacionales. Es preciso acabar con recelos y revanchismos, proscribir el armamentismo y restablecer la palabra y el honor en

el trabajo entre Naciones.

Nuestra comunidad de expectativas y de destino latinoamericano nos exige esforzarnos para superar las heridas que afligen a nuestros pueblos, derivadas tanto de desigualdades económicas como de un desarrollo insuficiente, del atraso tecnológico y también de fenómenos como la droga y el terrorismo, que se asocia al anterior.

Todo ello exige de nosotros respuestas eficaces.

Tales respuestas deben abarcar desde la erradicación de la pobreza, -que agravia a vastos segmentos de la sociedad latinoamericana- hasta la victoria final sobre la corrupción y la violencia.

Excelentísimo Señor:

En todas estas tareas usted se ha comprometido vitalmente como Presidente de Colombia y lo ha hecho con tal prestancia moral, energía y prudencia, fortaleza y paciencia, rectitud y talento, que le han conquistado la admiración de cuantos hemos sabido de su acción.

La opinión pública mundial aparecía que, en una encrucijada política donde el compromiso y la contemporización podrían haber sido una alternativa menos onerosa, vuestro Gobierno optó gallardamente por una moral sin compromisos, por el derecho sin resquicios, por el desafío a la cultura de la muerte. No ha sido éste un camino fácil: muchos colombianos nobles y grandes han rendido la vida, pero gracias a su sacrificio, gracias a vuestra lucha, Colombia está ganando esta batalla dramática contra el terrorismo y el narcotráfico.

Contra estos enemigos, que no reconocen fronteras ni soberanías y que reclaman, por tanto, la acción solidaria de la comunidad de naciones democráticas, sin complejos ni debilidades, usted ha dado, con valentía extraordinaria, una batalla sistemática e inteligente que merece la gratitud no sólo de su pueblo, sino de todo el hemisferio y del mundo entero. Y en esa lucha ud. ha demostrado que la vía pacífica y el diálogo son compatibles con la tenacidad, la energía y el coraje.

Por todo esto, y porque vuestra presencia entre nosotros simboliza el reencuentro en democracia de nuestras dos naciones entrañablemente unidas por la historia, la cultura y hondos lazos de simpatía y afinidad, la orden "al mérito" de Chile se engrandece al recibirlos en sus filas como uno de sus miembros más ilustres.

La más alta de nuestras órdenes nacionales fue fundada en 1817, bajo el nombre de "Legión al Mérito de Chile, por el

Libertador Bernardo O'Higgins". Desde su creación, estuvo destinada a tributar el reconocimiento de la Nación hacia quiénes se ofrendaron por la emancipación de la gran Patria americana.

San Martín, Cochrane, Las Heras, Soler, Freire y otros grandes nombres de la independencia de Argentina, Chile y el Perú, formaron en las filas de aquella legión.

Sed ahora, Excelentísimo Señor, el dignísimo depositario de estas insignias, que no sólo van cargadas por una noble tradición, sino también por el testimonio de nuestra admiración y afecto de latinoamericanos.

\* \* \* \* \*

SANTIAGO, 25 de Junio de 1990.

MLS/EMS.